



N° 49 · 2023 · ISSNe 1853–6379
 DOI 10.14409/argos.2023.49.e0051
 (AADEC) Asociación Argentina de Estudios Clásicos
 Facultad de Humanidades y Ciencias / Universidad Nacional del Litoral

Notas en torno del origen del lenguaje en Epicuro

EDUARDO SINNOTT

Universidad del Salvador
 eduardosinnott@hotmail.com

.....
 Recibido: 18/02/2022
 Aceptado: 20/04/2022

En el presente artículo se expone un examen crítico y hermenéutico de la tesis de Epicuro acerca del origen del lenguaje según consta en su único y breve testimonio, consistente en dos párrafos de la *Epístola a Herodoto*. El examen pone de manifiesto el carácter marcadamente problemático de la teorización, que pareciera no contener propiamente una explicación del origen del lenguaje. Mediante la reconstrucción teórica del proceso supuesto en la exposición de Epicuro y sobre la base de una comparación con la visión clásica (platónica y aristotélica) del lenguaje, se precisan las principales lagunas de la tesis examinada.

convencionalismo lingüístico / naturalismo lingüístico / epicureísmo / origen del lenguaje / articulación lingüística

...

NOTES ON THE ORIGIN OF LANGUAGE IN EPICURUS

This paper presents a critical and hermeneutic analysis of Epicurus' thesis about the origin of language as stated in his single brief testimony, consisting of two paragraphs from his *Letter to Herodotus*. This analysis reveals the markedly problematic character of the theorisation, which does not seem to contain a proper explanation on the origin of language. By means of a theoretical reconstruction of the process underlying Epicurus' statement and on the basis of a comparison with the classical perspective of language (Platonic and Aristotelian), the main gaps in the thesis under analysis are pointed out.

linguistic conventionalism / linguistic naturalism / epicureanism / origin of language / linguistic articulation



Preliminares

La consideración filosófica expresa y metódica del tema del lenguaje se inicia con el *Cratilo* platónico.¹ En ese notable diálogo se plantea, bajo el título de la “corrección de los nombres (ὀρθότης τῶν ὀνομάτων)”, la pregunta acerca de la relación del lenguaje con las cosas (o con la verdad). Platón inserta el tema en el marco de la oposición entre naturaleza (φύσις) y convención (νόμος), que en el pensamiento sofístico había servido como base de la discusión acerca de los fundamentos de la normatividad ética y política. Lo que se debate en el *Cratilo* es si la relación entre las palabras y las cosas, esto es, la relación de significación, es natural (o por naturaleza: φύσει) o convencional (o por convención: νόμῳ);² en el planteo del diálogo eso equivale a preguntarse si las palabras (los significantes) están motivadas o determinadas de algún modo por los significados de que son portadoras o por las cosas que ellas denotan (los referentes), o si, en lugar de eso, la relación entre las palabras y las cosas se funda en lo que se puede concebir como un acuerdo tácito entre los hablantes, a la manera de una convención (συνθήκη) o una ley (νόμος). En el *Cratilo* la oposición entre naturaleza y convención se refiere, pues, a la relación de significación, no al origen del lenguaje, tema que en el diálogo se toca, por cierto, asociádoselo a la figura, más bien teórica que histórica, de un legislador (νομοθέτης; ὀνοματοθέτης) que les hubiese puesto los nombres a las cosas;³ pero el punto no es tematizado en forma expresa ni se elabora en el texto teoría alguna al respecto, y ello pese a que a partir de determinado momento del diálogo las dos partes en disputa aceptan por igual que las palabras deben de haber sido establecidas o impuestas alguna vez, y que en ese sentido son por convención (νόμῳ). La visión personal del propio Platón acerca de la relación entre las palabras y las cosas es convencionalista, como se ve en el propio *Cratilo* y tal como se declara expresamente en la *Carta VII*.⁴ Esa posición es también la de Aristóteles, en cuyo temario tampoco figura la cuestión del origen del lenguaje, la cual no es, en definitiva, propia de la etapa clásica de la filosofía.⁵ la pregunta por el origen del lenguaje no es formulada verdaderamente hasta la etapa helenística, y al plantearse la cuestión se lo hace en los mismos términos platónicos señalados arriba, esto es, en términos de la oposición entre naturaleza (φύσις) y convención (νόμος), aunque la segunda de estas dos nociones pasa a ser expresada comúnmente con la palabra “θέσις (posición)”, cambio al parecer solo terminológico que no conllevaba ningún matiz semántico diferencial relevante. La cuestión fue, entonces, si *por su origen* el lenguaje es natural o convencional. Con ello las expresiones “por naturaleza (φύσει)” y “por convención (νόμῳ)” (o “por posición [θέσει]”) cobraron, en relación con la teoría del lenguaje, notoria ambigüedad, pues al decirse que las palabras son *por naturaleza* o *por posición* se podía dar a entender o bien que *sus significados* son naturales o que son convencionales, o bien que *por su origen* las palabras son “naturales”, en el sentido de que han pasado a la existencia en forma espontánea, o que son “convencionales”, en el sentido de que son resultado de una institución.⁶ Una tesis naturalista acerca del origen del lenguaje no implica de por sí o forzosamente una tesis naturalista acerca del significado de las palabras, ni

una tesis convencionalista acerca del origen del lenguaje implica de por sí o forzosamente una tesis convencionalista acerca del significado de las palabras: se ha señalado ya que en el *Crátilo* la posición convencionalista y la naturalista acerca de los significados, admiten por igual que las palabras han sido instituidas, es decir, que han pasado a la existencia a la manera de un νόμος. En el período helenístico esa doctrina, esto es, la de que el lenguaje fue instituido y que, por tanto, es “por posición (θέσει)” en cuanto a su origen, fue sostenida por filósofos estoicos, que atribuyeron tal institución a un legislador (νομοθέτης), que, además, habría reflejado en los significantes fónicos originarios la esencia de las cosas denotadas, de las que él tenía conocimiento científico; así que para la filosofía estoica las palabras, aunque convencionales por haber sido instituidas una vez, eran al mismo tiempo, desde el punto de vista de la relación de las palabras con las cosas, “por naturaleza (φύσει)”.⁷ Por su parte, Epicuro sostuvo, en el marco de una explicación evolutiva de la formación de la civilización humana, una tesis acerca del origen del lenguaje en la que se combinan ambas visiones, esto es, la naturalista y la convencionalista, pues afirmó, por una parte, que las palabras habían pasado a la existencia como efecto espontáneo de la naturaleza (φύσις), y, por otra, que más tarde los hombres las habrían refinado y complementado por medio de actos expresos de convención o de institución (θέσις), así que las palabras eran, en lo que concierne a su origen, en parte naturales y en parte convencionales.

1. El origen del lenguaje según Epicuro

La única fuente directa acerca de la explicación que Epicuro daba del origen del lenguaje son los párrafos 75 y 76 de la *Epístola a Heródoto*,⁸ la cual, como se dice dos veces en ella, es resumen de una exposición más extensa y detallada,⁹ que no nos ha llegado. Pero aun cuando no se lo dijera expresamente respecto de la *Epístola* toda, el texto de los dos párrafos mencionados causa de por sí la impresión de ser una versión apretada o nada más que el esbozo rápido de una tesis que ha de haber sido materia de una exposición mucho más detallada. La formulación de aquellos párrafos es, en efecto, genérica, escueta, parca en los detalles, y abunda en sobreentendidos. Sumadas a la singularidad de la gramática y el estilo,¹⁰ esas características hacen que en la lectura se susciten incertidumbres acerca de los pormenores y que se deban salvar sobreentendidos con demasiadas hipótesis y conjeturas. Por cierto, todo ello ha limitado, condicionado y obstaculizado los intentos de reconstrucción e interpretación de este punto de la doctrina epicúrea.

En el proceso de originación del lenguaje que expone, Epicuro no distingue etapas en forma expresa;¹¹ de todos modos, en el texto se puede reconocer, a nuestro juicio, un desarrollo compositivo triádico anular, esto es, [A] una síntesis introductoria en la que se diferencian tres momentos ([1]-[3]); [B] el desarrollo rápido de esos tres momentos: [1] una etapa inicial (prelingüística o protolingüística y prerracional) en que los hombres, al ser afectados por las cosas, producen naturalmente emisiones

fónicas; [2] una etapa media (lingüística y racional) en que los hombres, basándose en la razón, instituyen, por medio de un acuerdo, nuevas emisiones fónicas que se suman a las ya existentes o las mejoran; y [3] una etapa final en que determinados hombres, basados en un saber especializado, amplían o enriquecen, con la introducción de formas nuevas, el repertorio de las unidades léxicas; se tiene, por último, [C] una recapitulación, en la que se regresa a la apertura ([A]) y se dice que los sonidos aparecieron, en definitiva, en parte (en [1]) como una imposición forzosa de las cosas, y en parte (en [2] y en [3]) por una elección deliberada de los hombres:

[A] Ἀλλὰ μὴν ὑπολεπτέον καὶ [1] τὴν φύσιν πολλὰ καὶ παντοῖα ὑπ' αὐτῶν τῶν πραγμάτων διδαχθῆναι τε καὶ ἀναγκασθῆναι, [2] τὸν δὲ λογισμὸν τὰ ὑπὸ ταύτης παρεγγυηθέντα ὕστερον ἐπακριβοῦν [3] καὶ προσεξευρίσκειν ἐν μὲν τισι θᾶττον, ἐν δὲ τισι βραδύτερον καὶ ἐν μὲν τισι περιόδοις καὶ χρόνοις < ... >, ἐν δὲ τισι κατ' ἐλάττους. [B] Ὅθεν [1] καὶ τὰ ὀνόματα ἐξ ἀρχῆς μὴ θέσει γενέσθαι, ἀλλ' αὐτὰς τὰς φύσεις τῶν ἀνθρώπων καθ' ἕκαστα ἔθνη ἴδια πασχούσας πάθη καὶ ἴδια λαμβανούσας φαντάσματα ἰδίως τὸν ἀέρα ἐκπέμπειν στελλόμενον ὑφ' ἐκάστων τῶν παθῶν καὶ τῶν φαντασμάτων, ὡς ἂν ποτε καὶ ἡ παρὰ τοὺς τόπους τῶν ἐθνῶν διαφορὰ εἴη. [2] ὕστερον δὲ κοινῶς καθ' ἕκαστα ἔθνη τὰ ἴδια τεθῆναι πρὸς τὸ τὰς δηλώσεις ἦττον ἀμφιβόλους γενέσθαι ἀλλήλαις καὶ συντομωτέρας δηλουμένας [3] τινὰ δὲ καὶ οὐ συνωρώμενα πράγματα εἰσφέροντας τοὺς συνειδότας παρεγγυησαί τινας φθόγγους. [C] τοὺς (μὲν οὖν) ἀναγκασθέντας ἀναφωνῆσαι, τοὺς δὲ τῷ λογισμῷ ἐλομένους, κατὰ τὴν πλείστην αἰτίαν οὕτως ἐρμηνεῦσαι.

[75] [A] Pues bien, hay que suponer que [1] también la naturaleza [de los hombres] fue instruida y forzada de muchos y diversos modos por las cosas mismas, y [2] que más tarde el razonamiento dio precisión a las cosas proporcionadas¹² por aquella y [3] añadió hallazgos, [y ello] más rápido en algunos [lugares] y en otros más lentamente; y en unos, en lapsos y tiempos <prolongados>, y en otros, en [lapsos y tiempos] más breves.¹³ [B] De ahí que al principio tampoco los nombres pasaran a la existencia por institución, sino que [1] la naturaleza misma de los hombres, al experimentar afecciones particulares y recibir imágenes particulares en cada grupo, exhalaba aire configurado de modo particular por acción de cada una de las afecciones y las imágenes, así que hubo una diferencia en los lugares de los grupos. [76] Y [hay que suponer también] que [2] más tarde se instituyeron en común los [nombres] particulares en cada grupo, a fin de que las manifestaciones se hicieran menos ambiguas las unas respecto de las otras¹⁴ y fueran manifestadas¹⁵ de manera más abreviada. Y [3] también, que al introducir cosas no tomadas en cuenta, los que tenían conocimiento [de ellas] aportaron sonidos [para darlas a entender]. [C] Así pues, unos emitieron exclamaciones forzados, y otros, tras haber escogido [voces] con el razonamiento:¹⁶ atendiendo a la causa principal, [los hombres] se comunicaron de ese modo.¹⁷

En [A] formula Epicuro lo que se puede considerar el principio general que, en su visión, ha presidido la formación de la civilización humana en todos sus aspectos,¹⁸ y que en lo que sigue se ha de aplicar al caso particular de la formación del lenguaje, a saber, la acción formativa que, con la fuerza de una necesidad (cf. ἀναγκασθῆναι),¹⁹ las cosas ejercen en la naturaleza humana; en [1], esa acción se verifica suscitando una reacción fónica (no reflexiva) a la experiencia que se tiene de aquéllas; esa reacción fónica es el punto de partida del lenguaje; a continuación se consigna, en [2] y [3], la intervención racional (como tal, reflexiva) de los hombres en la institución y la ampliación del repertorio de voces.²⁰

[1] El relato en su conjunto tiene, como es forzoso, el carácter de una suposición o una hipótesis (cf. ὑπολεπτέον)²¹ referente a un momento importantísimo en la formación de la civilización humana, a saber, la aparición de la expresión fónica, la cual, según se explica en el texto, deriva de la acción de las cosas sobre la naturaleza (τὴν φύσιν) de los hombres. Con eso se excluye implícitamente la intervención de los dioses, punto que, como es sabido, es de gran importancia en el pensamiento ético de Epicuro, y que a sus ojos acaso haya sido decisivo también en relación con este tema. Los testimonios de sus seguidores Lucrecio y de Diógenes de Enoanda muestran que la tesis naturalista era sostenida por ellos como alternativa a la tesis de los estoicos, ya mencionada, de una institución expresa del lenguaje. Lucrecio y Diógenes califican enfáticamente esa tesis de absurda por ser inconcebible.²² Ni en el texto considerado ahora ni en ningún otro presenta Epicuro mismo ese argumento, que, no obstante, según se admite, debe de provenir de él: en todo caso, en la *Epístola a Heródoto* la recusación de la tesis estoica es contenido tácito de la tesis negativa, formulada aquí, según la cual en el comienzo (ἐξ ἀρχῆς) al menos, los nombres (τὰ ὀνόματα) no pasaron a la existencia por “posición” (μὴ θέσει), esto es, no pasaron a la existencia porque se los hubiese instituido, sino, como se ha visto, en la forma “natural”, de notorio sesgo mecánico, y no reflexivo o no intencional,²³ que en el texto se indica en lo que sigue, esto es, como efecto concomitante de la acción causal ejercida por las cosas mismas (ὑπ’ αὐτῶν τῶν πραγμάτων) sobre los hombres en ocasión de la experiencia sensible: las imágenes (φαντάσματα) que, según la peculiar teoría de la percepción de Epicuro atestiguada en esta misma *Epístola*,²⁴ se desprenden de las cosas como efluencias atómicas (εἴδωλα) que conservan la forma de aquéllas, y que cuando golpean los órganos de los sentidos producen en ellos afecciones (πάθη);²⁵ esas afecciones, se dice en el texto, causan a su vez en los pulmones, una exhalación de aire provista de una configuración (στελλόμενον) que ha sido determinada por la afección, y que es el factor inmediato por el que se da la emisión fónica. No se hace referencia a moción expresiva o comunicativa alguna.

Epicuro supone, por otra parte, que la humanidad estaba dividida en una pluralidad de grupos étnicos (ἔθνη) que habitaban en regiones distintas y cuyas civilizaciones se habían iniciado en momentos distintos. En el texto se subraya el carácter singular o propio de las experiencias sensibles en cada uno de esos grupos precisamente porque los contextos físicos en que vivían eran distintos.²⁶ Se ha visto en ello una referencia tácita a un tema asociado desde los inicios a la reflexión acerca del lenguaje, a saber, el del fenómeno de la existencia de una pluralidad de lenguas; en el

debate acerca del fundamento de la significación lingüística ese fenómeno ha sido el argumento más eficaz y más a mano en favor del convencionalismo: si la relación entre las palabras y las cosas fuera como lo pretende un naturalismo semántico del estilo del sostenido en el *Crátilo* por el personaje epónimo (y defendido más tarde por los estoicos), entonces habría, en principio, una lengua universal única, y no una pluralidad de lenguas, como de hecho es el caso.²⁷ En principio se podría pensar que también una tesis naturalista acerca del origen del lenguaje como la epicúrea conllevaría la consecuencia de que tendría que existir una lengua universal única: al menos, si se supone una constancia en la naturaleza de las cosas y en la naturaleza de los hombres, en todas partes y en todas las épocas, entonces las cosas producirán en los hombres los mismos efectos; entre ellos, reacciones fónicas idénticas. Puede que en el lugar ahora considerado Epicuro se adelante tácitamente a esa consecuencia dando a entender que los contextos físicos en que los grupos vivían eran diversos, lo que determinó una diferenciación local (cf. ἡ παρὰ τοὺς τόπους τῶν ἔθνῶν διαφορὰ) y, con ello, una diversificación lingüística, la cual habría sido originaria, y no resultado histórico (o babélico) de contingencias que más tarde hubiesen afectado una lengua originaria única y universal, que es como, por lo demás, en general se propendió a entenderlo en la Antigüedad.²⁸ Así pues, en la visión de Epicuro no podría haber existido una cosa tal como una rectitud (una ὀρθότης) originaria universal y única de los nombres, sino, en todo caso, una rectitud originaria de los nombres propia de cada una de las comunidades.²⁹

Cabe considerar por separado y en especial el hecho, marcadamente problemático, de que, no mencionándose en el texto formas fónicas más sencillas o variedades expresivas no fónicas más elementales, como los gestos, que prefigurasen o preparasen la actividad significativa plena, se afirme lisa y llanamente que las emisiones originarias eran “nombres (ὀνόματα)”. A nuestro modo de ver, en este contexto no se podría tomar la palabra “ὄνομα” en sentido literal, sino más bien en sentido proléptico, esto es, en un sentido equivalente al de expresiones como: “los que más tarde llegaron a ser los que hoy llamamos ‘nombres’”; o: “emisiones que más tarde tuvieron los nombres como equivalente”; o todavía, y quizá mejor: “unidades prelingüísticas o protolingüísticas que son lejanísimo punto de partida (o nada más que correlatos) de los que hoy llamamos ‘nombres’, es decir, de las ‘palabras’”.³⁰ No parece creíble, en efecto, que en un enfoque de sesgo evolutivo se hiciera nacer el lenguaje, por así decirlo, con las armas puestas, e incurrir en una suerte de variedad de *petitio principii*, como habría que admitir que sería el caso si se tomase “nombres (ὀνόματα)” en sentido literal: esos términos (“nombre”; “palabra”) denotan realidades *lingüísticas* y suponen, por tanto, la existencia del lenguaje en su totalidad; así que con el paso a la existencia de los “nombres” habría pasado a la existencia, en forma reactiva ante las cosas, *el lenguaje* sin más: como es sabido, el “nombre” es una unidad caracterizada, entre otras cosas, por su condición de sonido articulado, ajustado a una gramática, provisto de significado y de capacidad denotativa, que sus usuarios emplean de modo reflexivo con propósitos comunicativos; lo que en el texto se da a entender es, en cambio, que las emisiones fónicas originarias eran reactivas, es decir, no intencionales, y, según la descripción

que se hace de ellas, de índole interjectiva o exclamativa y, por consiguiente, inarticuladas, agramaticales y carentes de por sí de valor comunicativo.³¹

Con todo, algunos intérpretes recientes toman el término “nombre” en sentido literal, y de ello desprenden que en esa etapa cabría, sí, hablar de un lenguaje en sentido estricto.³² Pero aparte de [a] ser difícil de justificar en el texto de Epicuro, esa interpretación no toma en cuenta, por una parte, [b] la forma en que el epicureísmo concibe el desarrollo de las técnicas y las artes,³³ [c] ni concuerda, por otra, con algunos testimonios, el más importante de los cuales es, a nuestro modo de ver, uno de Proclo, en el que se dice que, de acuerdo con la doctrina de Epicuro, los primeros hombres no habrían fijado los nombres de las cosas de manera científica (o con un conocimiento de ellas), esto es, no al modo del legislador de los estoicos, sino movidos por un factor natural (οὐχὶ ἐπιστημόνως οὗτοι ἔθεντο τὰ ὀνόματα ἀλλὰ φυσικῶς κινούμενοι), a la manera de los que tosen, dice Proclo, o los que estornudan. Por consiguiente, la emisión de las primeras “palabras” era semejante a fenómenos así, es decir, tenían claramente la índole de reacciones espontáneas, inarticuladas, no deliberadas ni intencionales (y carentes de valor expresivo, comunicativo y denotativo) a la acción o a la influencia de factores externos. La única diferencia residiría, en todo caso, en que, mientras que fenómenos como la tos o el estornudo, acaso sean universales en su configuración, en la visión de Epicuro los sonidos originarios de los hombres diferían de un grupo étnico a otro.³⁴

Sea como fuere, de acuerdo con la explicación epicúrea, a esa etapa primitiva [1], en que se daban solo formas fónicas naturales con las notas señaladas arriba, le habrían sucedido dos etapas ([2] y [3]), en cuya presentación es claro que se da por sentada la existencia del lenguaje en sentido pleno.³⁵ En este punto se menciona por primera vez la necesidad de una convención: no se ha dicho, al menos, que antes de esta fase haya sido necesario imponerles de manera expresa nombres a las cosas; a la vez, pese a que tampoco se ha dicho explícitamente de qué modo se constituyó, se sobreentiende que las expresiones tienen ya valor denotativo, como se ve en la referencia a la ambigüedad que afectaría algunas expresiones. Y se imagina, entonces, que, en la forma de un acuerdo en común deliberado y explícito, en cada una de las comunidades los hombres habrían intervenido en el léxico estableciendo formas fónicas nuevas propias del grupo (cf. καθ’ ἕκαστα ἔθνη τὰ ἴδια [*sc.* ὀνόματα] τεθηῆναι), y ello, por una parte, [a] a fin de eliminar la ambigüedad que afectaba los significantes,³⁶ y, por otra, [b] para darles a los que estaban ya en circulación una configuración más sencilla que la que tenían. Esas modificaciones corresponden al trabajo de precisión (ἐπακριβοῦν) anticipada en [A]. En el texto no se ofrecen detalles ni ejemplos de esas modificaciones, y no es fácil, por cierto, figurarse en qué pensaba concretamente Epicuro al mencionarlas. ¿Habría que suponer, en cuanto a [a], que objetos de la experiencia distintos habían suscitado emisiones fónicas parecidas, y que por ese parecido ellas (o sus derivados lingüísticos) se confundían o podían confundirse entre sí? Y, en cuanto a [b], ¿habría que suponer que las experiencias que estaban en la base de algunas emisiones fónicas tenían gran complejidad de contenido, y que eso se traducía en una complejidad tal de sus correlatos fónicos que su emisión resultaba molesta o ardua desde el punto de vista articulatorio o auditivo? Por cierto, en la realidad las lenguas producen esos ajustes por sí solas, sin que sea

menester estipulación o acuerdo alguno, a no ser que se trate de fijar una terminología técnica para temas de índole teórica. Sea como fuere, es claro que, en la medida en que lo que, de acuerdo con la explicación de Epicuro, se establece por medio de la convención es un repertorio de formas propias de cada grupo humano, el hecho habrá conllevado un segundo modo de diversificación lingüística que venía a sumarse a la diversificación prelingüística originaria producida en la fase anterior ([1]). Por otro lado, en la fase siguiente ([3]), esto es, en la de los descubrimientos anticipados en [A] (cf. προσεξευρίσκειν), algunos hablantes, que disponían del conocimiento de ciertas cosas, cuya naturaleza no se especifica y que, al parecer, el común de los hablantes ignoraba, fijaron para ellas algunos “sonidos (φθόγγους)”, es decir, significantes. El saber³⁷ de esos hombres pudo haber versado acerca de cosas que estaban más allá del alcance de la percepción sensible común, y que por eso no habrían recibido un nombre en conformidad con el modo natural regular de recibirlo. La expresión “aportar sonidos (φθόγγους)” puede dar a entender que lo que hicieron fue introducir significantes nuevos, y ello o bien [i] en el sentido de “significantes antes inexistentes”, o bien [ii] en el sentido de “significantes (de determinado contenido) ya existentes” que ahora pasaron a ser significantes de otro contenido”; esto es, se pudo tratar, en definitiva, o [i] de neologismos o [ii] de innovaciones semánticas. La ausencia de precisiones o indicios en el texto de Epicuro en este punto ha hecho que se abriera, para los intérpretes, un espacio, virtualmente infinito, para la especulación. Así, en cuanto a [i], se ha pensado que tales neologismos podrían haber sido introducidos con el propósito de reunir en un término genérico común (como “árbol”) el contenido de términos específicos (como “pino” o “acacia”);³⁸ por otro lado, [ii] la ampliación de significados podría haber consistido en el uso de una palabra tal como el adjetivo “vacío (κενόν)”, que denotaba la condición de vacío de un espacio concreto o determinado, para denotar también la noción (filosófica o científica) de “vacío”;³⁹ pudo haber consistido, aun en la emergencia natural de palabras como “tiempo” o “justicia”, que hubieran pasado a denotar nociones formadas de manera inductiva;⁴⁰ se ha pensado también en la posibilidad de que no se tratase ni de [i] ni de [ii], sino tan solo de la aparición de la investigación filosófica y el léxico técnico que la acompañó.⁴¹

Entonces, si (como al parecer se implica en el texto) las reformas hechas en [2] no afectaron a todas las unidades (prelingüísticas) constituidas en la anterior etapa [1], sino solo a algunas, hay que entender que se habría constituido, en definitiva, un repertorio léxico heterogéneo que abarcaba tres clases de unidades: por un lado, [a] las “palabras” enteramente naturales (φύσει) heredadas de la etapa [1]; por otro lado, [b] palabras originariamente naturales que en la etapa [2] fueron objeto de modificaciones fónicas y semánticas convencionales, y que tenían, por tanto, carácter híbrido (φύσει y θέσει); por fin, [c] palabras convencionales (θέσει) [i] cuyo significado y cuyo significante o [ii] solo alguno de cuyos significados habría sido fijados por los “conocedores” y acogido a continuación por los otros hablantes.

En cualquier caso, se admite que en esta etapa una cosa pueda tener una denominación que no coincidía con los sonidos que su percepción hubiese suscitado en el usuario ni derivase de otro modo de la experiencia de ella, lo cual pareciera implicar con claridad que la manera natural de generarse las “palabras” como

reacciones fónicas a la experiencia sensible, según se la ha descrito en la etapa inicial, ha cesado, habiendo servido, pues, solo como punto de partida prelingüístico de la formación de las palabras. Una vez que se inicia en los hombres el ejercicio deliberado o reflexivo de la capacidad racional, es posible que circulen palabras que denoten cosas *no observables*, de las que no podría haber, por consiguiente, experiencia sensible que obrase como causa o punto de partida de reacción fónica espontánea alguna. Las formas de intervención reflexiva en el lenguaje que se han mencionado presuponen, en fin, que lo que se emplea es ya, como hemos dicho, lenguaje en el sentido pleno del término, y ello por más que, como se ve, no se nos ha explicado de qué modo se formó: la aparición del lenguaje (no aclarada, pues, por Epicuro) se situaría entre las etapas [2] y [3]: al final de la primera de estas dos etapas el lenguaje aún no ha aparecido, sino que no se dan nada más que sonidos alingüísticos o, en el mejor de los casos, prelingüísticos, y en la etapa que sigue el lenguaje existe ya, sin que conste su paso a la existencia. En resumen, la explicación de Epicuro parece serlo solo del modo en que los hombres habrían comenzado a comunicarse por medio de sonidos vocálicos,⁴² o acaso, como se procurará precisar más abajo, de las condiciones primeras para ello, pero no de la aparición del lenguaje en sentido estricto.

Por otra parte, si, como hacen algunos autores, se considera el texto sin la modificación que hemos señalado arriba,⁴³ queda abolida la distinción entre la etapa final ([3]) de [B] y la conclusión [C]; con ello, esta etapa [C] ya no puede ser vista como recapitulación de la totalidad del proceso, sino que se convierte en una segunda fase de la etapa [3], la cual etapa queda, por tanto, escindida en dos momentos. A nuestro modo de ver, esa lectura del texto hace que se planteen dificultades tanto desde la perspectiva gramatical cuanto desde la interpretativa. Pues en ella, de acuerdo con la visión tradicional,⁴⁴ en [C] como segunda fase de [3], se presentaría la distinción entre dos modos de formarse los nombres para las cosas caracterizadas como “antes no conocidas”: algunos de esos nombres, que lo serían de cosas accesibles a todos los hablantes, se habrían creado en forma *espontánea*, y otros, los de las cosas que no eran accesibles a todos, habrían sido escogidos en forma *racional*. Más recientemente⁴⁵ se ha sugerido, en lugar de eso, que Epicuro se referiría a categorías de personas, a saber, por un lado, los que “personifican la naturaleza”, que son afectados por las cosas y forzados por ellas a emitir sonidos que los denotan, a la manera de los hombres de la primera etapa, y, por otro lado, los que “personifican la razón”, que más tarde captaron en forma racional aquellos objetos y modificaron las denominaciones naturales anteriores.⁴⁶

[C] De acuerdo con la lectura que hemos preferido, en la recapitulación se destacan los dos factores generales de los que, a juicio de Epicuro, ha dependido la formación del lenguaje y la posibilidad de comunicarse lingüísticamente (ἐρμηνεύσαι), a saber, por un lado, la influencia de las cosas en la naturaleza humana, que en la etapa más temprana ([1]) forzó las emisiones fónicas (ἀναγκασθέντας ἀναφωνῆσαι), y, por otro lado, ahora en las etapas más recientes ([2] y [3]), la elección racional (τῷ λογισμῷ ἐλομένους) de nombres convencionales.

2. De la interjección a la denotación

Parece claro que si la explicación del modo en que se ha constituido el lenguaje reposa en la suposición de que el punto de partida han sido sonidos fónicos no lingüísticos, ella deberá incluir la aclaración (o al menos la consideración o la mención) de la secuencia de los momentos de transición sin los cuales no es comprensible o imaginable que se hubiese operado el paso que (para decirlo en forma resumida) llevó de la interjección a la expresión denotativa. Dicho de otro modo, en una explicación así sería menester reconstruir la secuencia de eslabones que unan esas dos variedades de la manifestación fónica. Tal reconstrucción, que no podría incluir detalles concretos, forzosamente se desarrollaría en un nivel puramente teórico. Como, al menos en la versión que se nos ha conservado, Epicuro nada definido dice acerca de ello, los intérpretes de su doctrina (como se ha señalado ya incidentalmente en lo que precede) han debido ingresar en el terreno, inseguro y riesgoso, de la especulación y de las conjeturas, apoyadas, por otra parte, sobre una base empírica textual sumamente escueta o aun nula. Por lo pronto, Epicuro no ofrece ninguna ilustración del modo en que imagina las emisiones fónicas espontáneas primitivas. Dada la explicación que ofrece de la originación de ellas, habría que suponer que lo que da a entender es que la experiencia de percibir una cosa (por ejemplo, un árbol) habría sido sucedida o acompañada de la respectiva y específica emisión fónica reactiva, que habría sido de la índole de la exclamación.⁴⁷ No parece posible, desde luego, imaginar con seguridad qué características precisas tendría la emisión; pero si se admite lo señalado más arriba acerca del sentido en que, a nuestro modo de ver, se debe tomar la afirmación (hecha en el texto) de que esas emisiones lo eran de “nombres (ὀνόματα)”, hay que suponer entonces que consistirían en emisiones vocálicas provistas de propiedades definidas de naturaleza nada más que prosódica o tonal (esto es, propiedades continuas). Parece también lícito imaginar que se trataría de emisiones *automáticas* producidas *a solas*, esto es, sin intencionalidad (y en forma no deliberada)⁴⁸ y, en principio al menos, sin destinatario, esto es, a la manera de una expresión a la que únicamente se le podría reconocer valor *interjectivo*, pero aún *no* valores expresivos ni comunicativos ni denotativos. Como en el caso, pues, de una interjección, la emisión no derivaría de moción comunicativa alguna, ni apuntaría a ninguna finalidad natural. Estaría, por tanto, mucho más cerca de la tos y del estornudo con que la compara Proclo, que de las emisiones fónicas animales con que las compara Lucrecio, porque las voces animales tienen al menos valor *expresivo* (de placer o de dolor), y valor *comunicativo* (de llamado o de ahuyentamiento), aunque no lo tenga denotativo. Para que tal emisión no fuera mero fenómeno sonoro sin más ni de la índole de una suerte de idiolecto, sería menester que otro miembro de la misma comunidad étnica pudiera constituirse en receptor de ella, y la emisión asumiera así el carácter de *expresión*. Eso supone, a su vez, que, por lo pronto, para cualquier posible receptor la emisión hubiese de ser inmediatamente relevante por ser *fónica*, esto es, por ser *voz*: sonido animal o animado y, por eso, de importancia desde una perspectiva que acaso se podría caracterizar como *vital*, al menos si se supone que es percibido como fenómeno

auditivo inescindible de contenidos afectivos que se dan *en él*, en el sonido, a una aprehensión directa, la cual, por otra parte, en una etapa en la que aún no hay razonamiento (λογισμός), solo podría ser *simpática*, esto es, solo podrá revestir la condición de captación inmediata y espontánea, comparable a la manera en que registramos valores afectivos en las exclamaciones (de dolor, alegría, temor, ira) o en los componentes suprasgmentales prosódicos, rítmicos y tonales que se dan en la formulación oral de todo enunciado y que acompañan, con un matiz definido, el sentido de éste (sea cual fuere su contenido conceptual). Esos componentes no son signos, sino, más bien, *señales* inmediatas de fenómenos afectivos reconocibles, y ello, como hemos dicho, de modo directo, esto es, sin mediación reflexiva o deductiva alguna, y, habría que agregar, sobre la base de la experiencia afectiva propia o vivida y en virtud de una capacidad natural que nos habilita para hacerlo,⁴⁹ esto es, que hace posible que nos sea comunicado un contenido aun cuando no haya intención o moción comunicativa en su fuente.⁵⁰ El paralelo de la comunicación humana primitiva y la comunicación animal lleva a suponer que las reacciones fónicas tendrían que haber asumido no solo una funcionalidad *expresiva*, ligada con el emisor, sino también una funcionalidad *conativa*, ligada con el receptor e *inseparable* de la primera, que mueva a los receptores congéneres del emisor a acercarse o a alejarse de éste. En el esquema de Epicuro, el tránsito de la emisión interjectiva a la emisión expresiva de contenidos afectivos debiera situarse en la primera etapa ([1]): el resultado sería una variedad de comunicación prelingüística que la argumentación lucreciana invita a ver como idéntica o al menos cercana o afín a la comunicación fónica animal.⁵¹ Como se ha visto, en el texto de Epicuro ese tránsito es tácito.

Ahora bien, la elipsis más notable es, con todo, la concerniente a la adquisición de valor *denotativo* por emisiones hasta entonces nada más que *expresivas*: la comunicación sin más no implica, en efecto, que haya denotación, esto es, una referencia a las cosas.⁵² En el marco de la filosofía epicúrea ese paso no puede estar presidido, desde luego por el cumplimiento de una finalidad natural, sino por una comprensión o apreciación, por parte de los hombres, de la utilidad (de la *χρεία*; de la *utilitas*) que revista el hecho de disponer de una forma de comunicación que se vale de signos con valor denotativo. Pero no parece que eso se pueda explicar aduciendo la suposición de que los hombres sencillamente cayeran en la cuenta de que eso iba a resultar útil.⁵³ Sin pretender aclarar la cuestión más que en parte, se pueden señalar también en este respecto algunas de las condiciones cuyo cumplimiento tendría que haber sido indispensable para que eso se diera. En cuanto al paso desde lo que (en nuestros términos) es el valor solo interjectivo, a los valores expresivos y denotativos, los intérpretes han propendido a cifrarlo, con distintos matices, en el fenómeno de la *constancia* de la relación entre la cosa cuya experiencia suscitaba, como efecto, la respuesta fónica, y esta respuesta misma: allí estaría, pues, el punto de partida para que se estableciese un lazo entre los sonidos y la cosa.⁵⁴ Pero habría que añadir, por una parte, una condición indispensable para ello, que sería que la emisión exhibiese una estructura estable y fuese por eso auditivamente identificable o reconocible (al menos en el marco de la misma comunidad étnica). Por otra parte, para asumir valor denotativo las expresiones fónicas tienen que haber cobrado autonomía o

independencia respecto de los contenidos afectivos a los que ellas acompañaban en la experiencia sensible; o, dicho aun más en general, era menester que dejaran de arraigar inmediatamente en la relación causal que los unía a la experiencia sensible y de ese modo pudieran conllevar una remisión a contenidos que no derivaban de esa experiencia particular ni se ligaban a ella como reflejos motivados o analógicos; o, dicho todavía de otro modo, era menester que se desligasen del contexto de las cosas concretas que las causaban y así pudieran pasar a asociarse, en forma solo externa o indirecta, con un contenido de otra índole y, en definitiva, les fuera posible así remitir a un objeto *ausente*. Los valores expresivos y conativos propios de la voz se habrían replegado entonces al nivel de los componentes suprasedgmentales, tonales, y rítmicos, donde todavía están. Cabe suponer que solo al cabo de un proceso así, en el que a los sonidos se incorporasen las cosas en un lazo que, como hemos dicho, no fuera el causal, y se constituyera entonces la posibilidad de remitir a ellas, podía quedar completo el indispensable triángulo de la significación y adquirir las expresiones valor comunicativo pleno. El solo lazo causal originario no parece suficiente para dar cuenta de la aparición de la denotación.⁵⁵ Se podría admitir, en todo caso, que en la situación primitiva los afectos acaso “marcaban” o delimitaban de algún modo los objetos o los tipos de objetos a los que en principio estaban asociados como a su causa, pudiendo ser ése el lejano punto de partida de la referencialidad.⁵⁶

Desde otro punto de vista, el paso a la denotación pareciera ser solidario del paso de la reacción fónica no intencional a la formulación intencional, deliberada o reflexiva de emisiones, las cuales podrían de ese modo ser ya de auténticas *palabras*.⁵⁷ Ese momento señala la cesación del modo originario, esto es, reactivo, de producirse las emisiones fónicas: cesación que, como hemos señalado ya, está implicada en el paso (tácito) de la etapa [1] a la etapa [2], y el inicio de la posibilidad de intervenir de manera reflexiva en el léxico con la institución de sentidos nuevos y más precisos para términos ya existentes o la creación de unidades nuevas.⁵⁸ Formulando en términos lucrecianos, el paso lo es de sonidos que la naturaleza *subegit*, a la creación y la puesta en circulación de los *nomina rerum*.

3. La articulación lingüística

Ahora bien, en lo que precede hemos supuesto que esos procesos tendrían que haberse dado en expresiones fónicas *continuas* o no articuladas, esto es, no hemos tomado en cuenta el decisivo hecho de que la expresión lingüística no es continua, sino *articulada*. Epicuro nada dice de este rasgo del lenguaje, siendo en realidad ésa acaso la omisión o la laguna conceptualmente más seria o con más consecuencias de su teorización. Es menester tener en cuenta que la articulación lingüística no consiste solo en el hecho de que en el nivel sintagmático (esto es, solo en un plano horizontal) la expresión fónica se presente como una secuencia de sonidos (vocálicos, semivocálicos, consonánticos y semiconsonánticos), cada uno de los cuales ostenta el carácter de una unidad discreta discernible, sino también en el hecho de que (ahora en una dimensión vertical) tenga una estructura propia específica, consistente en una secuencia de niveles de

integración que van, para decirlo en forma rápida, del sonido aislado a la sílaba, de la sílaba a la palabra, y de la palabra al enunciado.⁵⁹ Esa estructura está regida por una “gramática”, esto es, por reglas definidas que fijan cuáles son, en una lengua determinada, las combinaciones de unidades posibles en cada uno de esos niveles. Solo si se omite la segunda de las dos dimensiones mencionadas (como han hecho algunos intérpretes modernos de Epicuro) la expresión fónica humana resulta comparable desde el punto de vista articulatorio a la expresión fónica de algunos animales, que, en efecto, puede presentar el aspecto de una secuencia de unidades definidas, cosa que fue descrita y conceptualizada por Aristóteles, quien, atendiendo al caso del habla, le dio el nombre de *διάλεκτος*.⁶⁰ Pero es claro que ésas y las demás expresiones fónicas animales carecen de niveles *verticales* de integración, los últimos dos de los cuales (el de la palabra y el del enunciado) están, en el lenguaje, asociados convencionalmente a contenidos semánticos. Cabe tener presente que Platón y Aristóteles tematizaron filosóficamente estos aspectos, y ello, entre otras razones, porque veían en la relación entre los “elementos (*στοιχεῖα*)” fónicos y sus compuestos un ejemplo nítido de la relación entre las partes y el todo: los sonidos mínimos del lenguaje son, en efecto, en cada caso, partes de un “todo (*ὅλον*)”, esto es, de una sílaba, de una palabra o de un enunciado, y no una mera sucesión o una secuencia, esto es, no son un “agregado (*πᾶν*)”.⁶¹

Este fundamental aspecto del lenguaje (que es inseparable de las funciones señaladas en lo que precede en este apartado) era, pues, bien conocido en la época clásica y, como ya hemos subrayado, no es tomado en cuenta por Epicuro. Cabe suponer que eso se debe o bien a que Epicuro no disponía de esos conocimientos⁶² o bien a que, por razones de conveniencia polémica, prefirió elaborar la teorización que elaboró tal como la elaboró. Sea como fuere, es una omisión seria en ella,⁶³ y parece haber condicionado la versión que da de los orígenes del lenguaje, en la medida en que con ella se sugería la posibilidad de una continuidad sin saltos entre las emisiones fónicas originarias tal como él las imaginaba y las emisiones fónicas propiamente lingüísticas. Bien cabe suponer que, inversamente, el reconocimiento de este rasgo del lenguaje habría impedido que en época clásica fuera concebible una simple progresión evolutiva de aquéllas a éstas. Dicho de otro modo, los que Epicuro presenta como los extremos (esto es, por un lado, el estadio prelingüístico de reacciones fónicas espontáneas concomitantes de la experiencia de las cosas sensibles, y, por otro, el estadio lingüístico, en que el lenguaje está plenamente constituido) habrían sido apreciados, en la visión clásica, como dos modalidades de la comunicación emparentadas entre sí, desde luego, por la índole fónica de sus vehículos y por la común funcionalidad comunicativa; pero sus rasgos formales hubiesen sido apreciados como tan radicalmente diversos, y tantos y tan complejos los niveles que afectaban, que no hubiese resultado posible (salvo como una suerte de *μετάβασις εἰς ἄλλο γένος*) concebir tránsito o transición alguna, histórica o conceptual, de uno a otro, como lo pide un enfoque epicúreo.

En la obra de Aristóteles, esas dos modalidades se corresponden claramente con la comunicación animal y la comunicación humana. Se ha visto que Epicuro mismo no compara las emisiones fónicas humanas originarias con las de la comunicación

animal, pero lo hace con insistencia (y mucho color) su seguidor Lucrecio, lo cual acaso sugiere que el poeta recoge una línea argumentativa igual o afín a una de su maestro que no ha quedado atestiguada directamente; por otra parte, la escueta descripción del estadio inicial ([1]) que ofrece Epicuro autoriza, de todos modos, a equipararlas. Ambas cosas son concordantes en buena medida con las observaciones de Aristóteles en el sentido de que en los animales se da, en forma natural (φύσει), la capacidad de comunicarse unos a otros, por medio de emisiones fónicas, contenidos afectivos; eso supone, por una parte, la capacidad natural de emitirlos, es decir, de traducir los afectos en sonidos, y, por otra, la capacidad de ser sus receptores, esto es, de captar en forma inmediata los contenidos afectivos de los que esos sonidos son vehículo. Como es sabido, en Aristóteles la capacidad de producir emisiones fónicas se enmarca en una visión teleológica de la naturaleza, es decir, no deriva de un desarrollo contingente en la historia de las especies. Por eso desde el comienzo las voces animales son, a su juicio, signos (σημεῖα) naturales, y no resultado de una reacción interjectiva que más tarde hubiese adquirido, de manera accidental, valores expresivos y comunicativos.⁶⁴ Entre la comunicación humana y la animal Aristóteles ve diferencias que conciernen a todos los niveles relevantes a que se ha hecho referencia arriba; entre ellos, la índole intencional de la emisión: la emisión solo reactiva no puede, para Aristóteles, ser portadora de una significación.⁶⁵ Pero en su visión la dimensión principal o básica es la índole articulada de la estructura de la expresión lingüística, porque supone e implica los demás rasgos diferenciales del lenguaje, incluida la índole *convencional* de los signos lingüísticos, según se ve en un lugar del *De interpretatione* ii en el que el filósofo justifica la tesis, formulada poco antes en ese mismo texto, de la índole convencional (κατὰ συνθήκην) de la significación lingüística, mostrando, por un lado, que el hecho de que una expresión fónica tenga una estructura compositiva, esto es, que tenga doble articulación, es solidario de su carácter convencional, y que, inversamente, la ausencia en ella de una estructura así, es correlativa de su índole natural (φύσει). En ese contexto se incluye, además, una referencia a las voces animales y se señala por qué a propósito de ellas no sería propio hablar de “palabra” (ὄνομα):

[He afirmado que] el nombre (ὄνομα) [tiene un significado] "por convención" porque ningún nombre es por naturaleza (φύσει), sino [que es tal] cuando se constituye en símbolo (σύμβολον); pues las voces inarticuladas (ἀγράμματοι), como [lo son] las de los animales, ponen de manifiesto algo (δηλοῦσι τι), pero ninguna [de ellas] es un nombre (ὄνομα).⁶⁶

Cabe ver, pues, en estas líneas una expresión clara y detallada de la radical diferencia de naturaleza que se da entre la expresión animal y la expresión humana, las cuales se corresponden respectivamente a la situación inicial y a la situación final de la explicación de Epicuro. Interesa en particular la noción de “(ὄνομα) nombre”, que, como se ve en estas líneas, conlleva las notas de *articulación*, *convencionalidad* y *denotación*: en los tres aspectos se diferencia el nombre de las voces animales, que, según se dice de manea expresa, son

naturales (φύσει) e inarticuladas (ἀγράμματοι). La manera en que se expresa la condición de inarticulado es justamente una de las razones por las que, aunque ostenten una sematicidad (δηλοῦσι τι),⁶⁷ no se las puede considerar, sin embargo, “nombre (ὄνομα)”, a saber, por la razón formal o estructural de que en ella no se pueden reconocer unidades fónicas (γράμματα),⁶⁸ y esto, a su vez, o bien por ser emisiones continuas, o bien porque, en caso de ser discretas, como lo son las de algunas aves, los segmentos en que consisten no son combinables entre sí en unidades mayores, como sería indispensable para que se reuniesen (como hemos dicho ya: en sílabas y, a continuación, en “nombres”). Las unidades fónicas elementales no se definen, en efecto, solo por su condición de indivisibles, sino también por la de ser combinables entre sí según reglas definibles. La condición de “nombre” (ὄνομα) presupone, por tanto, la organización de los sonidos en niveles combinatorios sucesivos y, con ello, tales reglas. En sentido propio, el nombre es “por convención (κατὰ συνθήκην)”, de modo que es un “símbolo” (σύμβολον),⁶⁹ y lo es de un contenido intelectual (un νόημα);⁷⁰ en contraste con ello, los sonidos de los animales, si bien, como se ha dicho, ponen de manifiesto un contenido, ese contenido es afectivo, y el vehículo está unido a él “por naturaleza” (φύσει). No solo pues, desde el punto de vista estructural, sino también desde el punto de vista semántico se distinguen tales sonidos de los nombres. Por su índole, la sematicidad de los sonidos animales no incluye la denotación, mientras que la unidad lingüística, como por sí mismo el término “nombre” (ὄνομα) lo da a entender, puede guardar una relación referencial o denotativa con una cosa, a saber, la cosa de cual es “nombre”.

Los niveles mencionados están, pues, implicados y anticipados en la condición misma de las unidades mínimas, que, como se ha dicho, son inseparables de esa estructuración y no se pueden dar fuera de ella. Aristóteles cierra la definición oficial de “elemento” (στοιχεῖον) en *Poética* xx⁷¹ justamente con el corolario de que no cabría considerar “elementos” unidades fónicas que se den en el mundo animal, por más que esas unidades sean, como los elementos lingüísticos, indivisibles, pues en la naturaleza de aquellas unidades no se da la aptitud de combinarse o, para ser más preciso, no se da en esas unidades la condición de estar *naturalmente destinadas* a combinarse⁷² unas con otras, y formar de ese modo unidades compuestas mayores. Lo implicado en ello es, por tanto, que en la comunicación fónica animal tampoco puede haber unidades fónicas compuestas (sílabas, unidades léxicas y enunciados).

Si uno decide internarse una vez más (y solo por un momento) en el riesgoso terreno de la especulación, puede pensar que si se hubiese planteado la cuestión del origen del lenguaje, Aristóteles no lo hubiese hecho suponiendo un estadio como el que Epicuro supone, y ello por lo pronto en razón de la imposibilidad teórica o conceptual de eliminar, por medio de transiciones graduales, el contraste radical entre las expresiones interjectivas animales y las expresiones lingüísticas humanas. Pero cabe imaginar que para él aun más peso que esa dificultad lo tendría la de suponer un estadio prehumano y, por tanto, no humano del hombre, esto es, la idea,

inconcebible por contradictoria, de una humanidad todavía carente de λόγος tanto desde el punto de vista de la realidad cuanto de la posibilidad, esto es, dicho de otra manera, una humanidad cuyos miembros fueran de hecho y en sentido absoluto ἄλογα ζῶα. Aristóteles puede, sin duda, concebir una humanidad cuyos miembros no sean aun propiamente πολιτικὰ ζῶα en grado pleno, o al menos puede concebirla como situación teórica, a fin de representarse, exponer o imaginar el modo en que habrían pasado a constituirse las comunidades políticas; puede representarse también una comunidad primitiva carente de toda forma de organización comunitaria y de justicia pública o, más bien, encontraba de una humanidad así una representación interesante, y vívida, útil como punto de referencia, en los relatos homéricos acerca de la vida de los cíclopes, a los que Aristóteles se refiere de manera implícita y explícita.⁷³ Pero en todos los casos se trata ya de una humanidad, esto es, de una humanidad que dispone siempre ya de lenguaje. La visión teleológica de la naturaleza que Aristóteles sustenta le hubiese impedido concebir el papel de los órganos articulatorios en el lenguaje como resultado de un desarrollo que no estuviese presidido por la noción de bien (τὸ εὖ) a la que apunta, si no un dios, al menos sí una naturaleza (una φύσις) que, aun en forma no intencional, o, más bien, aun no guiada por una intencionalidad conciente, provee a sus creaturas (exactamente a la manera en que lo haría un dios) de las cosas que necesitan para sobrevivir y estar bien: los pulmones, la faringe, la lengua, los dientes y los labios tienen como función primaria la supervivencia (la σωτηρία), por cierto, pero, en la medida en que le permiten al hombre producir sonidos vocálicos articulados, desempeñan al mismo tiempo, como función complementaria pero igualmente originaria, la ya señalada del bien (τὸ εὖ), puesto que la comunicación recíproca es buena para los hombres.⁷⁴

Bibliografía

Fuentes

DK = DIELS, H., KRANZ, W. (1968). *Fragmente der Vorsokratiker*. Weidemann.

DIÓGENES DE ENOANDA = SMITH, MARTIN F. (1970). Fragments of Diogenes of Oenoanda discovered and rediscovered, *American Journal of Archeology* 74, 51-62.

PROCLO = *PROCLI SCHOLIA IN CRATYLIUM PLATONIS EXCERPTA* (1820). Ed. J. Fr. Boissonade. Leiden.

EPICURO, *EPÍSTOLA A HERÓDOTO* = VON DER MÜHLL, P. (1922). *Epicuri Epistulae tres et ratae sententiae a Laertio Diogene servatae*, Teubner.

Estudios

ATHERTON, C. (2005). Stoics and Epicureans on Language and the World. *The Routledge Handbook of Hellenistic Philosophy*, 114-129.

- AX, W. (1986). *Laut, Stimme und Sprache. Studien zu drei Grundbegriffen der antiken Sprachtheorie*. Vanderhoeck und Ruprecht
- AX, W. (1978). Ψόφος, φωνή und διάλεκτος als Grundbegriffe aristotelischer Sprachreflexion. *Glotta* (xxxvii), 241-271.
- COLE, T. (1967). Democritus and the Sources of Greek Anthropology. *Philological Monographs of the American Philological Association* 25, xii+225.
- CHILTON, C. W. (1962). The Epicurean Theory of the Origin of Language. A Study of Diogenes of Oenoanda, Fragments X and XI. *The American Journal of Philology*, 83 (2), 159-167.
- DE LACY, P.H. (1939). The Epicurean Analysis of Languagea. *AJP* 60, 85-92.
- EVERSON, S. (2008). Epicurean psychology. En Algra, K., Barnes, J., Mansfeld, J. & Schofield, M. (Eds.). *The Cambridge History of Hellenis[c] Philosophy*. Cambridge University Press.
- EVERSON, S. (1994). Epicurus on mind and language, en Everson, S. (Ed.). *Language Companions to Ancient Thought*, 3. Cambridge.
- GIUSSANI, C. (1896). *T. Lucreti Cari De rerum natura libri sex. 1. Studi Lucreziani*. Loescher.
- GLIDDEN, D.K. (1984). Prolepsis in Peri physeos XXVIII fr. 12, III, 3-14. En AA.VV. *Atti del xvii Congresso internazionale di papirologia*, pp. 399-404. Centro Internazionale per lo Studio dei Papiri di Ercolano.
- GLIDDEN, D. K. (1983). Epicurean Semantics. En: *ΣΥΖΗΤΗΣΙΣ: Studi sull' Epicureismo Greco e Romano Offerti a Marcello Gigante*, Vol. 1. 185-226. Macchiaroli.
- HOLMES, B. (2005). *Daedala Lingua: Crafted Speech in 'De Rerum Natura'*. *AJP* 126 (4), 527-585.
- LONG, A. (1971). Aisthesis, Prolepsis and Linguistic Theory in Epicurus. *Bulletin of Classical Studies* 18 (1), 144-155.
- LONG, A. & SEDLEY, D. (1989). *The hellenistic philosophers, 2*. Cambridge University Press.
- LONG, A. & SEDLEY, D. (1982). *The Hellenistic Philosophers, 1*. Cambridge University Press.
- MACKEY, J. (2015). New Evidence for the Epicurean Theory of the Origin of Language: Filodemus, *On Poems* V (P Herc. 403, fr. 5, col. I). *Cronache Ercolanesi* 45, 67-84.
- MÜLLER, R. (2003). Konzeptionen des Sprachwandel in der Antike. *Hermes* 131 (2), 196-221.
- REINHARDT, T. (2008). Epicurus and Lucretius on the Origins of Language. *CQ* 58 (1), 127-140.
- ROBINSON, R. (1969). *Essays in Greek Philosophy*. Clarendon Press.
- SCHRIJVERS, P.H. (1970). La pensée de Lucrèce sur l'origine du langage. *Mnemosyne* 4 (27), 334-364.
- SEDLEY, D. (1973). Epicurus, On Nature, Book XXVIII. *Cronache Ercolanesi* 3, 4-83.
- SINNOTT, E. (2003). El naturalismo lingüístico de los estoicos y sus fuentes platónicas. *Stylos* xii, 137-160.
- SINNOTT, E. (2021). Variedades del convencionalismo y del naturalismo en la reflexión antigua acerca del lenguaje. *Circe de clásicos y modernos* 25 (2), 85-103.

- SINNOTT, E. (2017). Acerca de las letras y los elementos fónicos en Aristóteles. *Stromata* 73, 31-56.
- sinnott, e. (2014). *San Agustín, El Maestro*. Introducción, pp. vii-xcviii. Colihue.
- SINNOTT, E. (2004). El convencionalismo lingüístico en Aristóteles. *Cuadernos del Sur* 33, 37-55.
- SMITH, M. F. (1993). Diogenes of Oinoanda. The Epicurean Inscriptio. *La Scuola di Epicuro. Supplemento 1*.
- VERLINSKY, A. (2005). Epicurus and his Predecessors on the Origin of Language. En Frede, D. & Inwood, B. (Eds.). *Language and Learning. Philosophy of Language in the Hellenistic Age*, 14-35. Cambridge University Press.

Instrumenta

- BAILLY, A. (1976). *Dictionnaire grec-français*. Hachette.
- LIDDEL, H.G. & SCOTT, R. (2007). *A Greek-English Lexicon*. Clarendon.

Notas

¹ Hay, por cierto, referencias, en general escuetas, al lenguaje desde el punto de vista filosófico ya en los presocráticos; cf. Heráclito DK 22 B 48; Parménides DK 28 B 8, 38-44; Empédocles, DK 31 B 9,5; Demócrito, DK 68 B 9; parecen haber teorizado acerca del lenguaje también representantes de la sofística como Pródico, Protágoras e Hipias; cf. Platón, *Eutidemo* 277c; *Laques* 197d; *Protágoras* 341a-c; *Cármides* 163a; *Crátilo* 384c; *Hipias mayor* 368d; *Hipias menor* 285b; Jenofonte, *Memorabilia* III xiv 2; IV ii 20; iv 7; Aristóteles, *Tópicos* II vi 112b22; *Poética* xx 1456b13-18; *Retórica* III v 1407b6.

² El significado usual de νόμος es “ley”. Lo que en el presente contexto se sugiere con ese término es que las palabras habrían sido instituidas en un acto comparable al de la promulgación de una ley; νόμος había perdido ya el sentido absoluto que tenía en la época arcaica, y cobrado el de “convención” o “acuerdo”, como el que está en la base de una ley, que eventualmente podía ser modificado o anulado; cf. Sinnott (2021, pp. 86-87). La noción se expresa en el diálogo también con συνθήκη (“convención”), ὁμολογία (acuerdo)” y ἔθος (costumbre)”; cf. *Crátilo* 383a; 384c-d; 434e.

³ Se menciona también la posibilidad de que el lenguaje haya sido establecido y dado a los hombres por un dios (acaso Hermes) o haya sido creación de pueblos extranjeros; pero la cuestión es hecha a un lado por considerársela demasiado oscura; cf. *Crátilo* 425d; 425e-426a. De acuerdo con el testimonio, un tanto vago, de Cicerón en *Tusculanae Disputationes* I 62, el tema del origen del lenguaje habría sido planteado ya por Protágoras. En la explicación del origen de la civilización, que en *Protágoras* 322a Platón pone en boca del sofista epónimo, el lenguaje habría sido un artificio introducido por el hombre en el marco de la creación de la cultura. También en los trágicos se hallan referencias, breves pero interesantes, al origen del lenguaje; cf. *infra* la nota 64.

⁴ Cf. Platón, *Crátilo* 433e; *Carta VII* 343b.

⁵ Con la salvedad señalada ya *supra* en la nota 3.

⁶ La ambivalencia de esas expresiones fue expresada con toda claridad en Proclo viii.

⁷ Cf. los testimonios en Sinnott (2003, pp. 146-154).

⁸ Aparte de esa fuente única, hay dos testimonios de importancia, a saber, un segmento del *De rerum natura* (V 1030-1076) de Lucrecio (s. I a.C.) y el fr. 12 de la inscripción de Diógenes de Enoanda (s. II d.C.); cf. Smith (1970). Estas fuentes atienden solo al origen natural del lenguaje, y guardan silencio acerca de los momentos de convención, que en el texto de Epicuro tienen mucha relevancia.

⁹ Se dice dos veces que es una ἐπιτομή; cf. *Epístola a Heródoto* 35; 37.

¹⁰ Cabe tener presente la apreciación, siempre atendible, de Cicerón, formulada en *De finibus* II 15 y 27, según la cual en el modo de expresarse Epicuro hay una obscuridad que no se debe a ninguna de las dos razones que, a su juicio, la justifican en un escritor, esto es, la opción deliberada por un estilo con ese sesgo, como en Heráclito, o la complejidad propia de la materia tratada, como en el caso del *Timeo* platónico.

¹¹ Los intérpretes suelen distinguir dos o tres segmentos; cf., por ejemplo, De Lacy (1939); Everson (2008); Verlinsky (2005).

¹² “las cosas proporcionadas” = τὰ παρεγγυηθέντα: en la traducción de este verbo (παρεγγυάω) me ajusto, no sin cierta incomodidad, al criterio dominante entre los traductores. No veo una forma clara de expresar el matiz, acaso importante desde el punto de vista hermenéutico, de “prescribir”, “recomendar” u “ordenar” que acompaña al básico de “transmitir” o “pasar (de uno otro)” que el verbo tiene. Cf. Bailly (1976, s. v.); Liddel-Scott (2007, s. v.).

¹³ Las líneas 5-6 presentan una corrupción o una laguna; cf. von der Mühl (1922, p. 23), *app. crit.*

¹⁴ El uso y el sentido exacto del pronombre recíproco (ἀλλήλαις = “las unas respecto de las otras”) en este contexto no parecen enteramente claros. Como es de género femenino, expresaría la relación de “las manifestaciones (τὰς δηλώσεις)” entre sí. Hay quien lo substituye por la forma masculina (ἀλλήλοις), en la suposición de que podría referirse a los hablantes. Cf. Long y Sedley (1989, p. 98); Verlinsky (2005, p. 64).

¹⁵ Es claro que el participio δηλουμένας (reflejado arriba con el “fueran manifestadas”) se refiere al sustantivo δηλώσεις (“manifestaciones”), y que la relación implícita entre los dos términos es de la índole de la figura etimológica. En cuanto al valor de ese sustantivo aquí, cf. *infra* la nota 35.

¹⁶ El (μὲν) que precede a ἀναγκασθέντας fue añadido por Giussani (1896, p. 273), que entendió que las expresiones pronominales τοὺς (μὲν) y τοὺς δὲ (“unos” [...] “otros”) se referían a dos variedades de los sonidos (φθόγγους) mencionados en lo que precede inmediatamente. Parece razonable admitir la enmienda de ello, hecha por Sedley (1973, p. 18-19) y recogida por Mackey (2015, p. 74), consistente en la inserción de οὖν, con lo que se tiene (μὲν οὖν). Con eso en las líneas que van de τοὺς (μὲν οὖν) hasta el final se puede ver, como se ha dicho arriba, un resumen de los segmentos precedentes en el que se dice que, en definitiva, el lenguaje es, en parte, producto de la necesidad (etapa [1]) y, en parte, producto de la razón (etapas [2] y [3]). Entendemos que no admiten esos añadidos, hay que referir ἀναγκασθέντας ἀναφωνῆσαι a τοὺς συνειδόμενους, lo cual,

como señala Sedley en el lugar mencionado, no es coherente con lo expuesto en lo que precede, porque se daría a entender que los hombres de la etapa más reciente habrían sido *forzados* por las cosas a *emitir* los *sonidos* (como habían sido forzados a hacerlo los hombres de la etapa inicial), y lo que se ha dicho que hicieron es distinto, a saber, mejoraron, mediante la razón (λογισμός), lo que la naturaleza había producido; aparte de eso, en lugar de verse como resumen conclusivo, el conjunto del segmento debiera ser tomado como un segundo momento de [2], cuyo sentido sería entonces difícil de precisar de manera satisfactoria; cf. la nota siguiente. Parece menos interesante la alternativa sugerida por Chilton (1962, p. 161) de referir la expresión ἀναγκασθέντας ἀναφωνήσαι a τινὰς φθόγγους.

¹⁷ Cabe ver la fórmula κατὰ τὴν πλείστην αἰτίαν (“atendiendo a la causa principal”) como referida, quizás con cierta elipsis, a las formas de acción, de sesgo contrapuesto, mencionadas, esto es, producir las voces de manera forzada y hacerlo de manera deliberada, dándose entonces a entender que la necesidad y la elección fueron las causas fundamentales que, en etapas distintas (por un lado, [1] y, por otro, [2]-[3]), determinaron la producción de las emisiones fónicas. No parece que se afirme que en una misma etapa (que abarcaría dos momentos: [2] y [3]), a propósito de algunas cosas (o en el caso algunos hablantes), la causa de la emisión fónica fuera la necesidad, y que, a propósito de otras cosas (o en el caso de otros hablantes), la causa fuera la elección. En ambas alternativas, por otra parte, podría conllevar cierto grado de incertidumbre el uso del superlativo “πλείστη”, en la medida en que podría dejar espacio para una tercera posibilidad (o una tercera causa) no dicha, aparte de las dos mencionadas, esto es, aparte de la necesidad y la elección.

¹⁸ De acuerdo con su doctrina, las artes y las instituciones básicas de la civilización se formaron, en efecto, como el lenguaje, de manera espontánea y natural. Cf. Diógenes de Enoanda, fr. 12; Lucrecio, *De rerum natura* V 1011 y sigs.; 1091 y sigs.

¹⁹ En apreciación de Verlinsky (2005, p. 66), en este punto subraya Epicuro el poder causal de las afecciones y las imágenes, lo cual se asociaría a la circunstancia de que aún no ha introducido la idea de la declinación o *clinamen* de los átomos con la que mitiga el determinismo democríteo; cf. Sedley (1974, p. 92). Mackey (2015, p. 76, n. 69) conjetura que si la explicación de los orígenes del lenguaje hubiera sido hecha tras aquella modificación, el acento podría haber sido desplazado de la causalidad y la constricción externa a la capacidad y el potencial interno. –Sigo a Long y Sedley (1987, p. 90), entre otros, en lo que se refiere al sentido del verbo στέλλω en este contexto.

²⁰ Esos dos momentos ([1], por un lado, y [2] y [3], por otro) parecieran corresponderse con la distinción entre la *natura* y la *utilitas* sugerida por Lucrecio en *De rerum natura* V 1028-1029: *at varios linguae sonitus natura subegit / mittere et utilitas expressit nomina rerum*: los sonidos (*sonitus*) fueron obra de la naturaleza; más tarde aparecieron los nombres a causa de su utilidad (*utilitas*). Cf. Verlinsky (2005, p. 66).

²¹ El verbo empleado da a entender que lo que se presenta y, en general, todo cuanto se dice de los orígenes de la civilización humana, es propiamente una reconstrucción o una suposición razonable; no un conocimiento. Al traducir la forma verbal como “*You must understand*”, Sedley (1972, p. 17) pareciera conferirle otro sesgo.

²² Diógenes de Enoanda aconseja descreer de que el lenguaje les haya sido dado a los hombres por un dios (Hermes, con lo que acaso remite a Platón), y descreer también de los filósofos que dicen que los nombres han sido acuñados, impuestos a las cosas, y enseñados a los hombres (μήτε τῶν φιλοσόφων πιστεύωμεν τοῖς λέγουσι κατὰ θεῶν καὶ διδαχὴν ἐπιτεθῆναι τὰ ὀνόματα τοῖς πράγ[μα]σιν (fr. 12, col. III 5-14 [Smith 1993]); Diógenes agrega que esa tesis conlleva el absurdo de admitir una figura que en un momento del pasado hubiese reunido a los miembros de una humanidad aún carente de lenguaje y les hubiese explicado la utilidad del uso de las palabras; y que, señalando ejemplos con un puntero les hubiera dicho: “a esto llámeselo ‘piedra’; a esto, ‘madera’; a esto, ‘hombre’; a esto, ‘perro’, a esto, ‘vaca’, a esto ‘asno’”. En términos parecidos, Lucrecio subraya lo ridículo de suponer que *aliquem tum nomina distribuisse / rebus et inde homines didicisse vocabula prima* cuando estos hombres no podían hacer lo mismo (*De rerum natura* V 1041-1045). En la visión epicúrea, para comprender la utilidad de una cosa es menester tener saber previo (una πρόληψις) de ella; por tanto, nadie podría tener idea de la utilidad de las palabras sin conocerlas o sin conocer formas previas de comunicación, como la comunicación mediante sonidos prelingüísticos que se habría dado originariamente; y aun cuando alguien hubiese dispuesto de ese conocimiento, no podría habérselo comunicado a hombres que aún no sabían lo que era hablar y, por tanto, no podían comprender lo que se les intentase comunicar.

²³ Ése sería el valor del *subegit* en las líneas de Lucrecio citadas *supra* en la nota 20.

²⁴ Cf. *Epístola a Heródoto* 46-52.

²⁵ Epicuro trata de la audición en *Epístola a Heródoto* 52-53; la explicación que da es semejante a la de la percepción visual resumida arriba: la fuente del sonido produce una corriente de partículas (ὄγκους) atómicas que se difunden en todas las direcciones bajo la forma de un soplo (πνεύματός τινος) o una corriente (ῥεύμα), y afectan el oído suscitando en él la afección auditiva (ἀκουστικὸν πάθος). Tal como las efluencias que la visión registra conservan la forma de la cosa que las emite, de igual modo estas otras partículas conservan una afinidad (σμπάθειαν) con la configuración de su fuente, y su acción suscita en el oído una afección definida y reconocible, no mero ruido. Así pues, cada vez que emitimos voz (ὅταν φωνὴν ἀφίωμεν), la emisión fónica produce un “golpe (πληγὴ)” por el se que dispersan las partículas que forman el aire, que es medio del sonido.

²⁶ Y también de los momentos: es claro que en las líneas dudosas se daba a entender que lo que aquí se explica no ocurrió simultáneamente en todos los grupos étnicos en que la humanidad estaba dividida. La idea de una variación histórica originaria en el lenguaje está ya al menos insinuada por Sócrates en el *Crátilo* 389d-390a.

²⁷ Sedley (1972, p. 18) señala como mérito de Epicuro que su teoría no solo ofrezca una explicación de las diferencias de lenguaje en términos naturalistas, sino que también haga del hecho de la existencia de esas diferencias una parte de la prueba. Frente a la tesis de Aristóteles, expuesta en *De interpretatione* i, de que mientras que el lenguaje varía, las cosas son constantes, para Epicuro el lenguaje varía o es diverso porque en cada región las cosas varían o han sido diversas, y por eso son o han sido diversos los afectos y las imágenes causadas por aquéllas, y son diversas también las reacciones fónicas que las cosas a su vez causan.

²⁸ Cf. Müller (2003).

²⁹ Cf. Sedley (1972, p. 20). Acaso deba entenderse que la diversidad concernería nada más que al plano de los sonidos; Epicuro es reticente en lo que concierne a los contenidos, que hay que suponer que en esta etapa inicial son solo de índole afectiva (πάθη).

³⁰ Como se sabe, la lengua griega clásica carece de un término que signifique lo que “palabra” en castellano (o sus equivalentes en otras lenguas); la lengua arcaica había contado con ἔπος (= lat. *vox*), cuyo significado era ése, pero al especializarse el término en la denominación de la poesía épica y adquirir connotaciones literarias y poéticas, debe de habérselo visto como inapropiado para la discusión teórica, en la que de hecho no se la emplea; su lugar fue ocupado por ὄνομα, que pasó a expresar el concepto intuitivo de “palabra”. Cf. Robinson (1969, p. 103). Creemos que sería aun menos aceptable tomar en sentido literal también la afirmación de Diógenes de Enoanda (fr. 12 [Smith 1993]) según la cual en sus primeras expresiones los hombres habrían utilizado ὀνόματα y ῥήματα, es decir, “nombres” y “verbos” (o aun “sujetos” y “predicados”), con lo que habría que admitir que también la distinción entre clases de palabras, y acaso hasta los propios enunciados, habrían sido originarias. La interpretación en sentido proléptico, como la que he sugerido arriba, parece, en cambio, admisible. El uso del término con ese sentido hacía, por otra parte, que la explicación fuese más accesible a los receptores.

³¹ Creemos que lo señalado arriba acerca del sentido proléptico de ὄνομα en el texto de Epicuro debe aplicarse también a su ocurrencia en un fragmento en el que el epicúreo Demetrio de Laconia expresa la tesis fundamental de su filosofía en este punto, a saber: φύσει δὲ τὰς πρώτας τῶν ὀνομάτων ἀναφωνήσεις γεγονέναι λέγομεν (*PHerc.* 1012, 45,9-12; versión de De Falco [1923] citada por Sedley (1973, p. 17, n. 89): “decimos que las primeras ἀναφωνήσεις de los nombres se originaron por naturaleza”. El término ἀναφωνήσεις suele ser traducido como “emisiones fónicas”, expresión que, a nuestro modo de ver, no equivale del todo a la palabra griega: ἀναφώνησις y ἀναφωνεῖν son, más bien, respectivamente, “exclamación” y “exclamar”: se diría, más bien, que con ellos se hace referencia específicamente a la emisión reactiva, y con un matiz de énfasis, de sonidos fónicos. Para hacer referencia a la emisión de voz sin más, Epicuro emplea la expresión φωνὴν ἀφήμι (cf. *supra* la nota 25). Por otra parte, cf. el contraste entre los giros ἀναγκασθέντας ἀναφωνῆσαι y τοὺς δὲ τῷ λογισμῷ ἐλομένους en el cierre del texto de Epicuro.

³² Así lo entiende, por ejemplo, Reinhardt (2008, p. 128), que piensa que el hecho de que en el texto se diga “nombres (ὀνόματα)” implica que para Epicuro las formas originarias eran, en efecto, “sonidos articulados y asociados firmemente a un referente particular” e intencionales. Cf. Atherton (2005, p. 120-121). Estos autores subrayan el hecho de que en el texto no se hable de ninguna otra cosa, esto es, que no se mencione forma alguna de comunicación más elemental que haya precedido a la aparición del lenguaje. Reinhardt cree que lo que Epicuro afirma es que los hombres daban, a las cosas que los rodeaban, “respuestas vocálicas articuladas, emitidas de manera automática y con una referencia fija”. Por razones que señalaremos con más detalle abajo, no parece razonable suponer que esas notas pudieran haberse dado simultáneamente y ya *ab initio*. Otros autores, como Schrijvers (1970), Glidden (1984) y Mackey (2015), se pronuncian, en cambio, en un sentido afín al que defendemos arriba.

³³ Schrijvers (1970, p. 348) señala que en las versiones antiguas de la formación de la civilización, en cuyo marco se inserta aquí la del lenguaje, las disciplinas no alcanzan su forma acabada hasta el final, esto es, las artes en general no se constituyen de buenas a primeras, sino que los hombres van aprendiendo poco a poco a servirse de la naturaleza; ese aprendizaje culmina cuando las artes pueden ser explicadas y transmitidas: “las artes -señala este autor- no constituyen el comienzo, sino el apogeo de la evolución”; en relación con ello, aduce *De rerum natura* V 1452-1457: *usus et impigrae simul experientia mentis paulatim docuit [...] artibus ad summum donec venere cacumen*. En la explicación de Epicuro, ese momento correspondería a las etapas [2] y [3], no, por tanto, a la inicial.

³⁴ Otro testimonio, a nuestro juicio claro en el mismo sentido, es Lucrecio, que en *De rerum natura* IV 1056-1090 aduce las emisiones fónicas animales como caso paralelo al de los sonidos humanos originarios. Se ha querido limitar el alcance de la comparación diciendo que los sonidos animales no son vistos en verdad como equivalentes, sino solo como análogos a aquéllos en su espontaneidad natural: cf. Mackey (2015, p. 72, n. 42).

³⁵ La consideración metalingüística implicada en las etapas [2] y [3] solo es posible, desde luego, en el lenguaje en sentido pleno del término. No parece pensable que las formas fónicas primitivas pudieran emplearse para hablar acerca de ellas mismas. Se ha aducido el uso del término δῆλωσις en [2] como indicio de que Epicuro da por sentado que las expresiones tenían ya valor denotativo: Mackey (2003, p. 9) piensa que esa palabra implica que en la primera etapa debiera haberse dado alguna forma de denotación; de igual modo, Reinhardt (2008, p. 128, n.10) entiende que las δηλώσεις serían “designations”, y que conllevarían la misma implicancia. Pero lo cierto es que el verbo δηλοῦν, correspondiente a ese sustantivo, suele tener un valor más amplio que el de la denotación, y que recubre prácticamente todas las formas de expresión, incluidas las expresiones fónicas animales de contenido puramente afectivo, como se puede ver en la cita de *De interpretatione* que hacemos *infra* en el presente trabajo; cf. también el uso platónico de las formas derivadas de ese verbo en *Crátilo* 422 c-e; 423b. El verbo y sus cognados tienen, pues, el sentido, muy amplio, de “poner de manifiesto”, que implica por cierto, que se da una relación de comunicación, pero no forzosamente las ideas de lingüisticidad, intencionalidad y denotación. Respecto de la comunicación no intencional, cf. *infra* la nota 51.

³⁶ Hecho que afectaría, cabe suponer, solo a algunos de los significantes y que haría que se pudiera confundir uno con otro: ésa puede ser una implicancia del uso del pronombre recíproco en el giro ἤπτον ἀμφιβόλους γενέσθαι ἀλλήλαις. Cf. Everson (1994, p. 81).

³⁷ El saber expresado por el verbo συνοραῖν (cf. οὐ συνορώμενα πράγματα). Mackey (2015, pp. 73-74) le reconoce a este verbo muchos matices que en su conjunto terminan por abarcar un campo extraordinariamente amplio: la visión intelectual, la aprehensión mental, la inferencia y aun la percepción sensible; y sugiere traducir el participio como “[no] percibidas” o “[no] aprehendidas”, antes que como “[no] vistas”; aprueba a la vez la traducción de Verlinsky (2005, p. 57): “[cosas antes no] tomadas en consideración (“things not [previously] taken into consideration”); admite, además, la posibilidad, señalada por Cole (1967, p. 62), de que esas cosas sean “entidades no sensibles, como las abstracciones o las relaciones”.

³⁸ En opinión de Sedley (1973, p. 18), ciertos “pensadores (*thinkers*)” habrían introducido un término genérico tal como “árbol”, que abarcase el contenido de palabras como *oak*, *fir* y *alder*, que serían los sonidos causados en forma natural o espontánea por la visión de ejemplares de las especies respectivas. Pero, como observa Verlinsky (2005, p. 72), en tal caso no se comprende por qué, si los términos específicos surgieron espontáneamente, no pudieron surgir de ese mismo modo los genéricos. Long y Sedley (1987, p. 100) opinaron que se trataría de formas indeclinables, adjetivos y verbos. Cf. Holmes (2005, pp. 557-560).

³⁹ Cf. Glidden (1983, p. 205); Holmes (2005, p. 94); Mackey (2015, p. 73). En relación con la ampliación del contenido de las palabras, se ha aducido el texto (fragmentario) de Epicuro de *Nat.* XXVIII fr. 8, col. IV, líneas 4 y sigs. (Sedley 1973), en el que se hace referencia a la palabra κενόν (“vacío”): “Así pues, también esto [el vacío] se concibe en aquellas exposiciones que hemos escrito en [el texto] acerca de los que primero tuvieron conocimiento (οὐ[τως ο]ὔν καὶ τ[ο]ῦτο [sc. κενόν] [ν]οεῖται [ἐν ἐκε]ίνας τα[ῖ]ς λέξ[εσιν] ἅς ἐν [τῶι] περὶ [τῶν] πρῶ[τον] γιγνω[σκ]όντων αὐ[το]ὺς γεγράφαμεν). Allí, “los que primero tuvieron conocimiento” podrían ser los mismos que en este lugar de la *Epístola a Heródoto* se caracteriza como “los que [las] conocían (τοὺς συνειδότες)”, y ser, en tal caso, κενόν uno de los φθόγγοι introducidos en la última etapa. De las hipótesis mencionadas arriba, ésta es la única que cuenta con una (relativa) base documental.

⁴⁰ Cf. Verlinsky (2005, p. 81).

⁴¹ Cf. Mackey (2015, p. 73).

⁴² Cf. Everson (1994, p. 81).

⁴³ Cf. *supra* la nota 16.

⁴⁴ Introducida por Giussani (1896).

⁴⁵ Verlinsky (2005, p. 78).

⁴⁶ En esta otra interpretación, el τοὺς (μὲν) y el τοὺς δὲ no remitirían a los hombres de la etapa [1] y a los de la etapa [2] respectivamente (como pensamos que es el caso), sino a dos clases de hablantes de la etapa [2]: a juicio de Verlinsky (2005, p. 78), los nombres de las cosas “no tomadas antes en consideración”, habrían sido creados en un proceso de dos estadios, semejante al de la emergencia de las palabras en general en la visión de Epicuro, esto es, primero, la aparición de expresiones forzadas naturales, y, después, su modificación racional. En este caso, serían las personas que comprendían “cosas antes no tomadas en consideración” las que introdujeron nombres que estaban ellos forzados a emitir (ἀναγκασθέντας ἀναφωνήσαι), y fueron los demás hablantes las que optaron racionalmente (ταῖ λογικῶς ἐλομένους) por esos nombres. Cf. *supra* la nota 16.

⁴⁷ Por otro lado, Epicuro no precisa cuáles habrían sido las cosas cuya experiencia suscitaban esa reacción. No parece razonable suponer que *todas* las experiencias de *todas* las cosas suscitaban *en forma constante* reacciones fónicas. Como se dice que esa reacción corresponde a los afectos que acompañan la experiencia de las cosas en general, entonces en principio a todas las cosas les correspondería, por lo menos en forma virtual, una emisión fónica, pero no cabe imaginar que todo miembro de la humanidad primitiva

reaccionara constantemente a todas las cosas de las que tuviera experiencia, sino solo a algunas, a saber, las que se percibieran como relevantes desde un punto de vista por determinar; hay que entender, además, que podría reprimir o no dar curso a las otras. Queda asimismo en la penumbra el grado de especificidad de los contenidos afectivos que se asociarían a las emisiones. ¿Un afecto correspondería genéricamente, por ejemplo, a “árbol”, y uno distinto a “sauce”? ¿Y correspondería uno a “árbol pequeño” y otro a “árbol grande”?, etcétera. Tampoco hay base alguna para determinar la índole de la relación (¿analógica? ¿sinecdótica?) entre el contenido afectivo y la emisión fónica.

⁴⁸ Cf. en sentido contrario, *supra* la nota 32.

⁴⁹ No parece que quepa ver en esa capacidad de recepción un fenómeno posterior o derivado del de la propia emisión fónica reactiva, sino más bien como cooriginario de él, y, por tanto, como fenómeno igualmente primario que ostenta la misma condición de aptitud natural. En esta forma básica de comunicación hay, pues, una naturalidad que se entrevé detrás de los matices locales o “culturales” o, como diría Epicuro, “étnicos”.

⁵⁰ Glidden (1984, p. 555) entiende, razonablemente, que las emisiones fónicas originarias en Epicuro no podrían haber sido intencionales; a ese respecto remite a la distinción agustiniana entre los *signa naturalia* y los *signa data*: los *naturalia* son emitidos en forma no intencional y sin deseo de significar nada; en cambio, los *data*, entre los que están los signos lingüísticos, comunican contenidos que el emisor se propone. La comparación parece pertinente si se consideran los signos naturales que, según Agustín, se dan en los seres humanos y son significativos para otros seres humanos por más que en aquellos en los que se producen no haya intención significativa alguna; ése es el caso que Agustín ilustra con la expresión de enojo o de tristeza en la apariencia del rostro que los otros captan en forma espontánea como expresión de esos afectos cf. Sinnott (2014, pp. XLV-L); en la visión de Agustín esos signos son universales; se distinguen, por tanto, de los signos lingüísticos, que son, en cambio, convencionales y particulares, y, cabe añadir, se distinguen también de las expresiones originarias de Epicuro, que son propias (ἴδια) de cada comunidad y de cada lugar. Es claro, en todo caso, que en la descripción epicúrea la emisión fónica originaria no implica de por sí la función comunicativa, la cual supone, como se ha señalado arriba, una instancia de recepción y, por tanto, la capacidad de los congéneres de reconocer inmediata y simpatéticamente los contenidos afectivos en las emisiones.

⁵¹ Hemos señalado ya que la expresión animal no es aducida por Epicuro, pero se hace amplia referencia a ella en su seguidor Lucrecio.

⁵² Pues probablemente no habría que decir que se deba ver en las palabras las portadoras de un *sentido*, porque, al parecer, la visión que Epicuro tenía de la significación era puramente extensional: le importaba que las palabras estuvieran asociadas a una *πρόληψις* definida, esto es, a una noción, recogida de la experiencia de cosas de la misma índole que obrara a la manera de un *a priori* empírico. Por cierto, el examen preciso de este punto requeriría de un estudio especial.

⁵³ Impresiona como una simplificación excesiva decir, con Sedley (1971, p. 89), que en el estadio más temprano los hombres emitían sonidos en forma instintiva como reacción a objetos y a sentimientos, y que al notar que se disponía de un sonido para cada objeto o para cada sentimiento, cayesen en la cuenta de que sería útil emplear los sonidos como

etiquetas (*labels*) de las cosas. En todo caso, lo único claro es que habría que suponer meramente, como hace Everson (1994, p. 80-81), que hubo un segundo momento, en el que las reacciones fónicas pasaron a ser nombres porque se las empezó a utilizar como tales. Pero eso tiene a su vez sus condiciones. Por otro lado, no se ve con claridad que se deba suponer sin más, con Holmes (2005, p. 555), que en el marco de la filosofía epicúrea haya sido *natural* e instintiva la propia adopción de los sonidos como etiquetas de las cosas.

⁵⁴ Así, Everson (1994, p. 95) piensa que como se respondía naturalmente con sonidos similares a objetos similares, esos sonidos habrían pasado a funcionar como *nombre* de los objetos de ese tipo; es decir, la cosa pasaría a ser denominada con cierto sonido porque de manera regular ella era *causa* de ese sonido. A juicio de Glidden (1984, p. 200), las expresiones fónicas originarias, que serían comparables con los gritos de los animales, eran respuestas espontáneas y no cognitivas que podían utilizarse también para señalar la causa. Holmes (2005, p. 554) piensa que un automatismo que excluya la elección hace que la relación entre las cosas y los sonidos que ellas provocan resulte natural, y no arbitraria.

⁵⁵ Cf. Everson (1994, p. 93).

⁵⁶ Holmes (2005, p. 555) piensa que no hacía falta recurrir a la idea de una institución de los nombres porque en cada comunidad étnica las mismas cosas causaban de manera repetitiva las mismas reacciones fónicas, con lo que las cosas quedaban asociadas o “marcadas” por esos sonidos; en las experiencias originarias se daría una forma incipiente de denotación, en la medida en que los sonidos “hablarían” de algo que excedía el cuerpo en que el sonido se producía.

⁵⁷ Cf. *supra* la nota 30.

⁵⁸ De ese modo lo ve, por ejemplo, Mackey (2015, p. 73). Verlinsky (2005, p. 67) sugiere, en cambio, que la aparición espontánea de los sonidos podía ser una alternativa válida a la tesis estoica de la institución de los nombres solo si se acompañaba de la suposición de que ya en ellos se daba una referencia a los objetos. A nuestro modo de ver, en tal caso la tesis que se proponía era tan poco verosímil como la que se rechazaba.

⁵⁹ Aristóteles presenta esa estructuración en *Poética* xx. Cf., por otra parte, Sinnott (2017) y la bibliografía allí aducida.

⁶⁰ Solo, pues, en el nivel sintagmático se puede hallar una semejanza, por ejemplo, entre el canto de algunos pájaros y la secuencia de sonidos del habla humana: en *Historia de los animales* IV ix 536a20-22; b11-12 señala Aristóteles que las aves en general tienen “voz (φωνή)”; y algunas especies de ellas, una διάλεκτος; no, por cierto, en el sentido estricto o propio de esta palabra, sino solo en tanto consiste en una secuencia de sonidos aislados y distintos (caracterizada como ἡ ἐν ἄρθροις [φωνή]); la διάλεκτος en sentido propio es exclusivamente humana, pero, se dice allí, por su semejanza con ella en el aspecto señalado “uno podría llamar [= llamarla] ‘διάλεκτος’ (ἢ ἄν τις ὥσπερ διάλεκτον εἶπειεν)”: Aristóteles se expresa, pues, en modo optativo con ἄν.) En esas emisiones fónicas animales se da, pues, únicamente la relación material de una sucesión temporal de unidades dispuestas en un nivel único, pero no relaciones formales de composición que lleven a la constitución de unidades de otro nivel, como es específico de la

διάλεκτος en sentido propio, esto es, en la expresión lingüística; cf. *Historia de los animales* IV ix 535b12-14; 25-26; 30-31; 535b25-26; 30; 536b1-2.

⁶¹ Cf. Sinnott (2017).

⁶² Epicuro parece no tener en general en cuenta la gramática; cf. Long (1971, pp. 124-128); Mackey (2015, p. 71). Lucrecio sí hace referencia a la noción de articulación; cf. *De rerum natura* IV 551; 552; 555; 574.

⁶³ Verlinsky (2005, pp. 69-70) conjetura que el error podría haber tenido su raíz en que Epicuro, a fin de hacer a un lado la idea de que todo había dependido de un νομοθέτης, supusiera que los sonidos emitidos espontáneamente por los primeros hombres tenían ya cierto grado de articulación, y que acaso había aceptado la idea de que el ejemplo de las aves mostraría que la articulación podía darse de modo espontáneo en las reacciones fónicas emotivas. Sea como fuere, esa suposición, como señalamos arriba, reduciría la articulación al plano secuencial. Cabe notar que hay una referencia a la aparición de la articulación en la versión del origen del lenguaje que Platón pone en boca de Protágoras en el diálogo homónimo; cf. *Protágoras* 322a; en ella se ve la articulación como cosa creada por el hombre. Verlinsky (2005, pp. 57-59) aduce ese testimonio junto con dos interesantes referencias que se leen en autores trágicos, a saber, en Sófocles (*Antígona* 354-356) y Eurípides (*Suplicantes*, 420-422), como lejanos antecedentes del enfoque del epicureísmo.

⁶⁴ Cf. *Politica* I x 1253a9-16: “la voz (φωνή) es signo (σημείον) de dolor y de placer; por eso se da también en los demás animales; pues hasta eso llega su naturaleza (ή φύσις): a tener [los animales] percepción de dolor y de placer, y comunicarse (o “significarse [σημαίνειν]) esas cosas unos a otros.” La amplísima gama de ejemplos lucrecianos podrían ser empleados para ilustrar esa capacidad natural. Se hallarán detalles de lo señalado arriba en Ax (1978 y 1986) y en Sinnott (2017).

⁶⁵ En cuanto a la oposición entre la *espontaneidad* de las emisiones animales y la *intencionalidad* de las emisiones humanas, cabe contraponer la equiparación de la emisión reactiva con la tos en el testimonio de Proclo citado más arriba, y la referencia de Aristóteles a ese mismo fenómeno en *Acerca del alma* II viii 420b30-32, donde se señala que aun cuando sea sonido producido por la emisión de aire producida por un animal, la tos no puede ser considerada propiamente voz, por no ser significativa (σημαντική).

⁶⁶ *Acerca de la interpretación* ii 16a 26-29.

⁶⁷ Se ilustra aquí el uso del verbo δηλοῦν en un contexto en el que con toda claridad no se asocia a ninguna forma de denotación.

⁶⁸ Cf. Sinnott (2017).

⁶⁹ El texto citado dice que el nombre no es símbolo inmediatamente o de por sí, sino “cuando llega a serlo” (γένηται), es decir, cuando se constituye como tal, y ello, como lo expresa la denominación de σύμβολον, precisamente en virtud de una convención o un contrato. Por cierto, no se trata de que el “nombre” tenga una existencia como mero compuesto de sonidos antes de su consagración como propiamente tal en virtud de una convención expresa, sino que, para Aristóteles, ésta es siempre tácita y ya dada en el léxico existente; a juzgar por la forma eventual (subjuntivo con ἄν) en que se expresa, se

diría que Aristóteles tiene en mente aquí la distinción entre esos dos momentos teóricos como si fueran sucesivos. El enfoque no es, por cierto, ni histórico ni temporal. Creo que Sedley (1971, p. 20) yerra al concluir de estas líneas que para Aristóteles una palabra puede ser “símbolo” sin basarse en una convención: un “símbolo” que no se basara en una convención sería para Aristóteles una noción contradictoria, puesto que, como hemos dicho, σύμβολον es nombre específico del signo (σημεῖον) convencional. Cf. Sinnott (2004).

⁷⁰ Cf. *Acerca de la interpretación* ii 16a 10.

⁷¹ Cf. *Poética* xx 1456b 22-25: “‘Elemento’, pues, es la voz indivisible (φωνή ἀδιαίρετος), aunque no toda [voz indivisible es un elemento], sino [solo] aquella de la que por naturaleza se forma una voz compuesta (συνθητή φωνή). Pues también entre los animales hay voces indivisibles, a ninguna de las cuales llamo ‘elemento’.”

⁷² El que estén destinadas naturalmente es lo indicado por el πέφυκε de 1456b 23, que en contextos así tiene más fuerza que el simple ἐστί (“es”).

⁷³ Cf. *Ética Nicomaquea* X x 1180a 28; *Política* I ii 1252 b7;

⁷⁴ Cf. *Acerca del alma* III xiii 435b30-35.